

Juventud, democracia y educación ciudadana

Raúl Leis R.

CONSEJO DE EDUCACIÓN DE ADULTOS EN AMÉRICA LATINA / PANAMÁ, PANAMÁ
raulleis@ceaal.org



Foto: ESV

Introducción

La cultura cívica, o cultura política democrática, entendida como un conjunto variable de valores, actitudes y preferencias, influida por los cambios sustantivos de la sociedad, juega un papel crucial en la democracia. Comprende una serie de valores, actitudes y creencias que establecen pautas y límites de conducta para los ciudadanos y los líderes políticos, legitima las instituciones políticas y brinda un contexto en el que se asientan los pensamientos y sentimientos de la mayoría de la población. El enfoque de la cultura política es útil para explicar ciertos aspectos relevantes del sistema político, pero hace falta incorporar el análisis histórico para lograr una mirada procesual, y rela-

cionarlo más a fondo con la dinámica de la sociedad en sus diversos componentes.

La sociedad latinoamericana expresa cada vez más visiblemente la existencia de una ciudadanía con una participación limitada o simplemente excluida del desarrollo, muchas veces sólo sobreviviendo en las ranuras de un crecimiento económico que parece ser privativo de una franja de la sociedad o relegada al papel pasivo de consumidora.

El desarrollo socioeconómico necesita sintonizarse con los procesos de democratización, y con el diseño de acciones políticas para contrarrestar las exclusiones socioeconómicas. También es vital estimular la capacidad de construir agen-

das sociales para influir en las agendas políticas de los partidos y en la agenda pública del Estado. Es necesaria la existencia de una sociedad civil fortalecida y un sistema político autónomo, competitivo, con partidos políticos democráticos permeables a las necesidades y aspiraciones de la población.

La sociedad civil es, en palabras de Michael Walser, “un espacio público que tiene función normativa, regulativa, independiente y autónoma frente a la economía y el Estado para expresar su propio quehacer”. Las relaciones entre la sociedad civil y la sociedad política han estado marcadas casi siempre por el signo de la confrontación o de la subordinación de los primeros a los segundos, y pocas veces por relaciones de inclusión y participación.

Si bien la sociedad civil no aspira a tomar el poder público, sino a construir poder ciudadano con capacidad de incidencia y regulación del mercado y del Estado, y con posibilidad de aportar a un desarrollo pleno y una democracia verdadera, en la sociedad civil no todos tienen los mismos intereses, ni igual poder, es más, es arena de contradicciones entre aspiraciones, necesidades, intereses, sectores y grupos. Es un lugar de encuentro entre lo privado y lo público, una esfera de relaciones sociales y sus conflictos, y por tal razón no pueden asignársele papeles unidireccionales. No es un concepto “atrapa todo” ni puede ni debe mitificarse. Eso sí, ni Estado, ni mercado, ni sociedad civil tienen solos las respuestas a los desafíos, por lo que deben articularse y contrapesarse.

Los movimientos sociales de la sociedad civil colocan demandas en la agenda pública e intentan ejercer influencia, produciendo en ocasiones una presión constante sobre los partidos para que éstos reaccionen y traten de institucionalizar las nuevas demandas. Las más de las veces, sin embargo, los partidos no son permeables a estas demandas porque funcionan como maquinarias electorales eventuales, no cuentan con un programa político consistente y están desconectados de las propuestas sociales de la población. La respuesta es la alergia ciudadana hacia la clase política.

En este marco se mueven la juventud y las culturas juveniles como un entramado presente

en la sociedad y que forma parte fundamental de la construcción de una ciudadanía de alta densidad, que supone la capacidad de conjugar la ciudadanía política con la ciudadanía socioeconómica, pues los escenarios posibles para el futuro de la democracia pueden ubicarse en el marco de la sostenibilidad integral en la cual interactúan, y hacen sinergias, los factores económicos, culturales, ambientales, sociales y políticos.

Actividades y resultados

En un estudio reciente sobre la juventud realizada en 2003 por el autor de este artículo se lograron ubicar estas tendencias:

Los/las jóvenes se identifican como sociedad civil más que como sociedad política

Si no se logra una profunda recomposición de la sociedad política, en términos de representación, eficacia y eficiencia en la gestión, la tendencia será a la abstención electoral, preferencia hacia los *outsider*, o la utilización oportunista del voto o de la relación con los partidos. Los jóvenes tenderán a despolitizarse y adscribirse a asociaciones al margen, o converger en movimientos sociales cuestionadores de la política y de las asimetrías socioeconómicas.

Los/las jóvenes reclaman participación

La cultura política estará referida a reclamos de participación metaelectoral que cuestionan la Escuela Elitista de la Democracia, para la cual la democracia funciona con niveles relativamente bajos de participación, lo que permite un elevado nivel de autonomía de las elites que, por su supuesta mayor cultura política y vocación democrática con relación a las masas, conviene para lograr el mantenimiento de las libertades políticas. Desde este punto de vista la participación podría tener un efecto desestabilizador del sistema político; es menester que el pueblo haga a través de sus representantes lo que no puede hacer por sí mismo. Para los/las jóvenes la representación está mediatizada por un poderoso interme-

diario, el partido político. Los representados no escogen a sus representantes, éstos vienen presentados y avalados por un partido. Tampoco la voluntad popular es elaborada ni formulada por el pueblo, sino mediante la adhesión a las propuestas políticas de los candidatos y sus partidos, por lo que es la voluntad de éstos la que estructura la pluralidad de opiniones que da lugar a la voluntad popular, y no al revés. El representante se somete a la disciplina de partido.

La tendencia de los jóvenes es más bien hacia la Escuela de la Democracia Participativa. Para esta concepción el progreso camina hacia niveles más altos de participación, a través del desarrollo de mecanismos participativos que incrementan el poder de incidencia de los gobernados sobre los gobernantes. La sociedad reclama más espacio de participación, lo cual es fácil de decir pero difícil de hacer, en la medida en que existe en todas las esferas y niveles miedo o resistencia a la participación. Participar invita a compartir, intercambiar, multidireccionar. Entre esta idea y la unidireccionalidad, que constituyen dos extremos, también existen matices de semiparticipación o pseudo participación que pueden entenderse como preámbulos al autoritarismo, limbo permanentes o formas de transición hacia la participación más plena.

La participación también abarca el sistema educativo. Diversos estudios advierten el rechazo por parte de los y las alumnas a ser considerados como “bancos” en los que sólo se pueden hacer depósitos de conocimientos, reduciéndolos a seres incapaces de pensar y producir ideas.

La participación constituye, pues, un inmenso territorio por conocer, ganar y avanzar. El Estado necesita ser transformado con espacios de más vigencia de la sociedad civil, reivindicando la presencia de los sujetos en los diversos niveles de discusión, tomas de decisiones con respecto a estrategias, planes y proyectos. Los espacios de participación deben multidimensionarse albergando todas las esferas de la vida social donde la población expresa sus deseos, aspiraciones y reivindicaciones.

Mayor definición de culturas juveniles y movimientos sociales

Existe también una tendencia hacia una mayor definición de las culturas juveniles, a la creación de espacios de jóvenes en los cuales se generen nuevas maneras de hacerse presentes en los temas que les importan y les son significativos. Estas formas de expresión, reñidas con las tradicionales, están dotadas de un fuerte discurso ético y de actitudes de resistencia. Viven otros sueños, otras utopías y mantienen una brecha generacional enorme con quienes dirigen ahora la política. Los estudios sobre los jóvenes dan cuenta de que ellos y ellas no tienen interés en la política; esto no significa que quieran una dictadura ni que rechacen el juego democrático, sino que anhelan una democracia más cercana a su vida y a sus necesidades. Las culturas juveniles no son neutras ni asépticas; están permeadas de la vigencia de las culturas híbridas, ligadas a los medios de comunicación y la tecnología de la información que crea lenguajes comunes pero también enajenaciones.

La posibilidad de movimientos sociales juveniles y/o estudiantiles

de adolescentes de nuevo tipo (que pueden estar ligados a temas ambientales, de derechos humanos o anticorrupción, por ejemplo) es una tendencia posible, pero no necesariamente podemos concluir que pasarán a estadios de mayor complejidad organizativa y visión estratégica, convirtiéndose en sujetos políticos de transformaciones mucho más de fondo. Para lograrlo tendrían que:

- Ligar lo reivindicativo con propuestas económicas, políticas y sociales de corte nacional o global. Es decir, tendrían que desarrollar la capacidad de ligar el aquí con el allá.
- Descubrir las causas profundas de la crisis social que enmarca la situación en que se desenvuelven.
- Desarrollar la democracia interna y la participación como estilos de vida y organización.



- Impulsar la capacidad de autodeterminación y autogestión a niveles nacionales, regionales y de base.
- Desarrollar los valores, la memoria colectiva y la identidad como parte de su práctica como movimientos sociales.
- Incrementar su capacidad de incidencia generando alianzas y ganando legitimidad en el conjunto social.



Lecturas sugeridas

Duarte, Klaudio, 2001. “¿Juventud o juventudes? Versiones, trampas, pistas y ejes para acercarnos progresivamente a los mundos juveniles”, *Pasos*, núm. 93, Segunda época, San José, Costa Rica.

http://www.dei-cr.org/pasos.php?pasos_actual=93

Recomendaciones para la acción

Para concluir señalaremos algunas prioridades desde la educación de jóvenes y adultos para la formación de la cultura democrática de las nuevas generaciones.

1. Formar en torno a la necesidad de una reforma política profunda sobre la base de la escuela participativa de la democracia.
2. Reforzar los valores democráticos, en especial la tolerancia, a través de los procesos educativos formales y no formales, y los medios de comunicación.
3. Aprender acerca de las diversas formas de control democrático ciudadano (incidencia política, rendición de cuentas, monitoreo, negociación, diálogo, cabildeos y formas no violentas de protesta), que les permitan desarrollar maneras de relacionarse transformadora con una realidad que les es hostil o indiferente, y que creen muchas veces inalcanzables.
4. Fortalecer la capacidad asociativa participativa democrática juvenil en colegios y comunidades.
5. Incorporar la metodología de la lectura crítica de los medios de comunicación en colegios y asociaciones juveniles, como una forma de lidiar con los valores y antivalores de los medios.
6. Introducción en todos los proyectos y programas gubernamentales y políticos del eje transversal juvenil, conjuntamente con el de género, ambiente y etnia.
7. Empoderamiento de las asociaciones juveniles existentes como un factor de cambio y sensibilización.

Leis R., Raúl, 2003. “Juventud, democracia y cultura política”, en Salazar Pérez, R., *Democracias en riesgo en América Latina*, Insumisos Latinoamericanos, Buenos Aires.

<http://www.librosenred.com/libros/democraciasenriesgoenamericatalatina.aspx>

Reguillo, Rossana, 1997. “Culturas juveniles. Producir la identidad: un campo de interacciones”, en JOVENES (México, Causajoven) Cuarta época, año 2, núm.5 (julio-diciembre, 1997).

De la misma autora también puede consultarse: *Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto*, 2000, Grupo Editorial Norma, en:

http://www.oei.org.ar/edumedia/pdfs/T03_Docu7_Emergenciadeculturasjuveniles_Cruz.pdf

Restrepo P., Adrián, 2001. “Aproximaciones y polémicas al concepto de culturas juveniles”, en Revista *Pasos*, núm. 93, Segunda época, San José, Costa Rica.

http://www.dei-cr.org/pasos.php?pasos_actual=93

Me gusta hablar con una pared, es la única cosa en el mundo que nunca me contradice.

Oscar Wilde, escritor, dramaturgo y poeta irlandés, 1854-1900
